

Juan Francisco Sánchez Galera

CABEZA  
DE VACA  
ÁLVAR NÚÑEZ

*El último caballero*

La vida del español que descubrió la mitad de Estados Unidos

© a los textos Juan F. Sánchez Galera  
© a la edición Editorial Sekotia, S.L., 2020

### **EDITA**

SEKOTIA, S.L. Teléfono: 914 337 328 [www.sekotia.com](http://www.sekotia.com)  
C/ Gamonal 5, planta 1, local 18. 28031 Madrid

### **DISEÑO, ARTE FINAL Y PREIMPRESIÓN**

HB&h, S.L. Dirección de Arte y Edición  
[www.grupo-hbh.com](http://www.grupo-hbh.com)

Está prohibida su reproducción por cualquiera que sea su proceso técnico, fotográfico o digital, sin permiso expreso de los propietarios del copyright.

La Ley de Propiedad Intelectual, aprobado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril atribuye al autor y a otros titulares la disposición y explotación de sus obras y prestaciones.

Si usted, consciente o inconscientemente, permite que este producto sea divulgado en otra persona o personas diferentes a usted, debe saber que incurre en un delito tipificado por la Ley y que está permitiendo que otros se apropien de algo que no es suyo y por lo tanto es cómplice de un robo intelectual e industrial. Ser dueño de un ejemplar físico o electrónico de una obra no le convierte en dueño del contenido de esa obra. Existen claros límites en cuanto a lo que puede y no puede hacer con estos productos.

Acabemos con la piratería, no con los consumidores.

Imprime: Lince Artes Gráficas

ISBN: 978-84-18414-00-8  
Depósito legal: CO-826-2020

Introducción .....	5
En recuerdo de mi General don José María Sánchez de Toca .....	9
<i>Capítulo I</i>	
El lunes de las Navas. 16 de julio de 1212 .....	15
<i>Capítulo II</i>	
Primavera en el río Guadalete. 1492–1509 .....	25
<i>Capítulo III</i>	
Provincianos en Sevilla. 1509–1512 .....	41
<i>Capítulo IV</i>	
Soldado de Castilla. 1513–1521 .....	48
<i>Capítulo V</i>	
El mundo está revuelto. 1521–1525 .....	69
<i>Capítulo VI</i>	
Boda en el Alcázar. 1526 .....	90
<i>Capítulo VII</i>	
De paseo por América del Norte. 1527–1536 .....	100
<i>Capítulo VIII</i>	
A la mitad del camino. 1537–1541 .....	124
<i>Capítulo IX</i>	
Gobernador en América del Sur. 1541–1545 .....	141
<i>Capítulo X</i>	
Epílogo desde un convento. 1545–1564 .....	155
Cronología de la época de Álvar Núñez Cabeza de Vaca. 1492–1564 .....	181

A Pilar, mi mujer. Con amor.

«Los legajos de Sevilla y Simancas, y las piedras de Santiago, Burgos y Toledo, no son tumbas de una España muerta, sino fuentes de vida»

Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*.

«Es conveniente volver de cuando en cuando una larga mirada hacia la profunda alameda del pasado, en ella aprendemos los verdaderos valores, no en el mercado del día»

José Ortega y Gasset, *Castilla y sus castillos*.

## Introducción

Todos los pueblos necesitan héroes, porque los héroes son una alta referencia para la vida cotidiana, una especie de molde y modelo de los años de formación, inspiración y estímulo en las grandes ocasiones, y luz de esperanza para las horas sombrías de la existencia colectiva.

Todo pueblo necesita recordar a sus héroes, y todos los pueblos lo hacen, menos el nuestro que los olvida.

Pues bien, Juan Sánchez Galera nos relata aquí la vida de un héroe, de un español universal, una de las figuras más nobles de la Historia de España: Álvar Núñez Cabeza de Vaca. Este libro cuenta alegre y lisamente, sin complicaciones eruditas y sin aparato crítico, pero con rigor y fidelidad a la verdad, la esforzada vida de un español que recorrió a pie dos continentes y al que justamente consideran héroe muchas naciones de ambos lados del Atlántico.

Es un relato novelado, verídico porque se ajusta a los datos de las fuentes históricas, y tan verosímil como el contexto histórico permite conjeturar lo que las fuentes callan.

Porque la vida de Álvar Núñez Cabeza de Vaca se hubiera desdibujado en la común desmesura de los españoles de los Siglos de Oro, a no ser porque su grandeza de alma ilumina la Historia como un doble relámpago entre unos orígenes oscuros y un final incierto.

En el primer relámpago, Álvaro, un hombre en la flor de la vida, se alista en un cargo poco decisivo de la malhadada expedición de Pánfilo de Narváez a la Florida para descubrir (o sea: explorar), cristianizar y españolizar el Sur de lo que hoy día son Estados Unidos.

La expedición de Narváez fracasó y Álvaro realizó una hazaña inmortal en medio de la nada y del infierno. Junto al menguante puñado de compañeros que iba escapando al hambre de aquellos indios siempre hambrientos, fue su esclavo, después se convirtió en mercader para terminar de apóstol discípulo de Cristo, acaudillando una muchedumbre que le seguía en pos porque era su chamán. A lo largo de diez años de marcha y diez mil kilómetros a pie, Álvaro se había ido elevando desde esclavo de los indios más pobres y famélicos de Norteamérica hasta acaudillar una muchedumbre cuyas voluntades y corazones se había ganado con la fe y la caridad, no con la espada; con el ejemplo y no por la fuerza. Cuando llegó a Sonora, a Álvaro le seguían diez mil indios porque curaba y resucitaba con la cruz y el nombre de Cristo y dando ejemplo con su vida.

Y este primer relámpago termina con el brutal embrague con la realidad, porque cuando al fin llega a Sonora, donde ya hay españoles, el primer español que encuentra es un miserable que anda a la caza de indios para hacerlos esclavos.

Cuando Carlos V supo la hazaña de Álvaro, preocupado como estaba por las razones morales que justificaban la conquista y gobernante celoso de la justicia en sus reinos de Ultramar, quiso conocerle, se conmovió al escucharle, y en consecuencia le nombró gobernador de lo que llaman Cono Sur del continente americano, que entonces eran tierras vírgenes y poco pobladas, en las que se habían estrellado tres expediciones sucesivas, y donde los españoles de Santa María del Buen Aire, hoy Buenos Aires, terminaban en el vientre de los indios malones, mientras más al norte los esclavistas portugueses buscaban cantera humana.

Es el segundo relámpago de la vida de Álvaro, que vuelve a América, a la cabeza esta vez, y además de cabeza, guía, capitán, adelantado y gobernador de una gran expedición. Llega a la isla de Santa Catalina en la actual costa brasileña, desembarca y vuelve a cruzar a pie un continente, esta vez la América del Sur, descalzo, con las botas de montar al hombro y el caballo de la brida. Es verdad que esta vez no fueron diez años de peregrinaje sino dos meses de marchas, pero no hay que olvidar que, sin darle importancia, pasaron río abajo las cataratas del Iguazú.

Y en esta segunda aventura americana, Álvaro sufrió el segundo choque con la triste realidad de la naturaleza humana opuesta a sus ideales, que eran los del emperador.

Álvaro era un hombre de bien, un caballero investido de autoridad y con el respaldo de la fuerza para hacer cumplir la justicia y el derecho, y aplicar las Leyes de Indias en nombre del rey.

Álvaro conocía desde abajo los entresijos del alma indígena, estaba lleno de recursos, carecía de miedo, y era el hombre ideal para empezar de un modo magnífico la Historia del Cono Sur, el gobernante perfecto.

Pero en la ciudad de Asunción, único refugio de españoles en la cuenca atlántica sudamericana, a falta de oro, se había configurado lo que algunos llamaron el Paraíso de Mahoma. Los padres indígenas entregaban gustosos a los españoles la carne juvenil de sus hijas, y español hubo que tenía un harén de setenta indias. Es triste constatar que fueron dos frailes, pérfidos traidores a sus votos, a quienes Álvaro había obligado a devolver sus jovencillas, los que organizaron la conjura.

Y efectivamente, los peores elementos sorprenden a Álvaro, lo encierran, y lo meten aherrojado en una barquilla para España; y si no se atreven a matarlo es porque confían que la larga navegación y el mar lo hagan por ellos; y añaden la infamia de acusarle ante el Emperador.

Pero sobre esta segunda escena negra, otro de los peores momentos de la conquista, cuando la autoridad de la corona todavía no tenía fuerza para imponerse, vuelve a resaltar la nobleza de la conducta de Álvaro y de sus leales, que representan lo mejor del esfuerzo de aquella España cuyas leyes, tal vez inoportunas, quizá desmesuradas, hacían nada menos que hidalgos a aquellos indios famélicos, cosa que no eran la mayoría de los conquistadores.

Juan Sánchez Galera ha titulado este libro *Álvar Núñez Cabeza de Vaca, el último caballero*, y no estoy muy de acuerdo en que Álvaro haya sido el último, porque gracias a Dios esta tierra nuestra tiene una cantera inextinguible de quijotes, tan abundante o más que la de golfos, malsines y traidores.

Pero de lo que no cabe duda es de que Álvaro fue un caballero, porque lo que caracteriza al caballero no es el caballo ni la armadura, sino la conducta. Caballeros son quienes se atreven a ir más allá de

lo que aconsejan el interés o la comodidad, mientras modesta pero firmemente se mantienen fiel a los suyos y a los diez mandamientos. Eran los que entonces se decía que “nacían con obligaciones”, porque cualquiera que fuese su clase y su estado social, entendían desde que tenían uso de razón que estaban obligados a dar siempre lo mejor de sí.

Álvar Núñez Cabeza de Vaca no ganó batallas, no conquistó nuevas tierras y a nadie arrebató lo suyo. No acumuló haciendas, oro ni esmeraldas. No recibió un título nobiliario, no tuvo éxito y nunca brilló en sociedad.

Muy al contrario: fue esclavo, estuvo preso, fue condenado a muerte y parece que el Consejo de Indias le prohibió volver a América. No sabemos con certeza cómo acabó sus días, y ni siquiera sabemos dónde reposan sus restos mortales.

Pero fue un héroe porque realizó hazañas colosales sin derramar sangre ajena y sin más herramienta que su esfuerzo; y fue un caballero porque se mantuvo fiel a su conciencia, a su fe, a los suyos y a su rey.

Su esfuerzo y su conducta le ganaron el respeto y los corazones de los indios más pobres y hambrientos del Sur de los Estados Unidos y el Noroeste de México.

Su fidelidad a las leyes del reino le ganó odio y desgracia en América del Sur, y la turbia desconfianza de la Administración peninsular.

No importa; porque lo más importante no es lo que uno gana, sino cómo se obra.

Álvar Núñez Cabeza de Vaca seguramente no fue el último caballero, no lo permita Dios, pero Juan Sánchez Galera ha hecho muy bien en volvernos a traer ante los ojos su noble estampa de héroe y caballero.

José María Sánchez de Toca.

Marqués de Somió. General del Ejército Español.

Nota del autor al prólogo del  
General don José María Sánchez de Toca, Marqués de Somió.

El General don José María Sánchez de Toca, Marqués de Somió, y persona muy querida, escribió cuando prologó esta novela: *Todos los pueblos necesitan héroes, porque los héroes son una alta referencia para la vida cotidiana, una especie de molde y modelo de los años de formación, inspiración y estímulo en las grandes ocasiones, y luz de esperanza para las horas sombrías de la existencia colectiva.*

Él fue uno de esos héroes. Ya no está entre nosotros, porque víctima del COVID, ha pasado del tiempo a la eternidad. Reproduzco el artículo que en su memoria escribí en la prensa.

## **En recuerdo de mi General don José María Sánchez de Toca, doctor en Historia, marqués de Somió**

A principios del año 1989, hubo en la antigua Alemania Occidental una reunión de los diferentes representantes nacionales de los servicios de Inteligencia que por entonces conformaban la OTAN.

Se trataba, como ya venía siendo habitual en ese tipo de encuentros, de intercambiar información sobre los países que se encontraban al otro lado de lo que por aquel entonces se conocía como el “Telón de acero”. Y, si algo quedaba claro en la reunión secreta, es que todavía había amenaza comunista para rato, y que, después de cuatro décadas de “Guerra Fría”, el riesgo de hecatombe nuclear seguía ensombreciendo el futuro incierto de la humanidad. Ciertamente los datos de crecimiento económico o desarrollo social en esos países poco tenían que ver con el vertiginoso auge del estado del bienestar occidental, pero también era verdad que esos parámetros consumistas eran algo que importaban un rábano en esas dictaduras socialistas. Y, en este sentido, la información técnica aportada por el responsable de los servicios

de inteligencia españoles —esa tibia mañana de primavera— no parecía en principio aportar nada nuevo; hasta se podría decir que fue una intervención gris y anodina en la que se repetían datos ya conocidos y expuestos anteriormente, por lo que el resto de compañeros simulaban escuchar sin molestarse siquiera en ocultar sus bostezos. Sin embargo, de repente, algo les hizo dar un respingo de sus asientos, y alguno hasta tuvo que desperezarse frotándose los ojos, cuando el representante español afirmó: «Sin embargo, otro tipo de fuentes no convencionales, me hacen estar en la certeza de que el Muro de Berlín en breve no será más que un montón de escombros». Evidentemente, nadie, en las últimas décadas, estaba preparado para escuchar algo así con tanta rotundidad... ¿Qué demonios podría saber el representante español que no hubiese sabido antes la CIA de los americanos, el MI6 de los ingleses, o el Mossad israelí?

«Mis fuentes se basan en las apariciones de la Virgen María y profecías de santos, así como de fieles de reconocida piedad», sentenció finalmente el general español.

Y me imagino que, mientras unos agacharon la cabeza mirando al suelo por vergüenza ajena, otros no se molestaron lo más mínimo en disimular sus risitas entre murmullos... «estos españoles, tan supersticiosos papistas como siempre».

\* \* \*

Esta anécdota la escuché —hará unos veinte años— de boca del que fuera antiguo compañero de ese general en eso del espionaje. En todo caso, no recuerdo que me pareciese algo ridícula o siquiera medianamente descabellada la historia, pues, si bien siempre he sido bastante escéptico ante esa gente que pretende reducir la religión a una especie de ridículo club de frikis obsesionados por las apariciones y sus mensajes apocalípticos, no por ello podía obviar, como creyente, que el de profecía es uno de los dones del Espíritu Santo, así como que la Biblia nos dice «Ciertamente, el Señor Dios no hace nada sin antes revelar su secreto a sus siervos los profetas» (Amós 3,7).

\* \* \*

Los años pasaron, y esa historia quedó aparcada en mis recuerdos, como tantas otras, hasta que un día conocí a un doctor en Historia que publicaba en la misma editorial en la que acababa de salir mi último libro. A pesar de estar ya jubilado y que casi me doblaba en años, la primera impresión que me dio fue la de ser uno de esos hombres con espíritu fresco que saben hacer que te sientas a gusto a su lado, independientemente de que seas de su edad, cuarentón, o un adolescente con barba rala salteada de espinillas.

Le faltó tiempo para invitarme a comer a su casa, en uno de esos edificios bajos del centro de Madrid, donde los relojes parecían haberse detenido hacía un par de siglos atrás. Evidentemente sin ascensor —todavía faltaban cien años para que se inventase—, las escaleras de madera acusaban el desgaste de cinco generaciones de marqueses de Somió subiendo y bajando a un hogar donde los libros y las santas imágenes lo inundaban todo, pero, con tal gusto y señorío, que allí, fuera de parecer cosas viejas o desfasadas, todavía conservaban la lozanía del primer día.

A esa primera comida en su casa, siguieron otras, en las que siempre María Amada —su mujer— te recibía con la elegante sencillez de quien sólo necesita demostrar que desea que te sientas allí a gusto.

Y puede que fuese ese mismo primer día en su casa, cuando le pregunté por un viejo morrión de los Tercios de Flandes que parecía hacer guardia todavía, entre los libros de una de las estanterías del salón...

«Era de un antepasado...», me comentó sin el más mínimo ápice de falsa modestia.

A esa primera confidencia personal, siguieron otras muchas. Resultaba que mi nuevo amigo no había sido historiador toda su vida, sino militar, y que tanto la carrera de historia, así como el posterior doctorado, lo había estudiado una vez jubilado, y sin dejar de atender nada menos que a sus ocho hijos. Todo en Sánchez de Toca era grande. Él mismo tenía el tamaño de un buey; como militar fue un brillante General de Brigada, como padre de fami-

lia tuvo el coraje de saber hacer feliz a su mujer y educar exquisitamente a sus ocho hijos, como historiador se convirtió en las librerías en el gran referente sobre el Gran Capitán y los Tercios, y como hombre de Fe tocó indefectiblemente el corazón de cuantos le conocimos.

Pero había todavía algo más, que no me contó hasta la segunda o tercera comida. Resulta que él había sido quien por primera vez había traducido del alemán al español —allá por los ochenta— *La amarga pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, de Anna Katharina Emmerick. Fue entonces cuando un pensamiento, en principio absurdo, se me vino a la mente: si este hombre estuvo destinado en Alemania como militar en los ochenta, y allí se dedicó a traducir a una beata con el don de profecía... ¿no sería este mismo tipo del que me había hablado Fulanito hacía años?

—¿No serías tú el general de inteligencia que, en plena reunión de la OTAN, en primavera del 89, soltaste, con dos cojones, que el Muro de Berlín estaba a punto de caer, basándote en tus estudios sobre los mensajes de las apariciones de la Virgen y Santos? —le espeté sin cortarme un pelo.

—¿Cómo lo sabes...quién te lo ha dicho? —me respondió balbuceando; la primera y única vez que lo vi medianamente nervioso.

—No te preocupes... me lo contó Fulanito.

—Dale un abrazo de mi parte —fue toda su respuesta, al entender que nos unía algo más que los libros.

Desde aquel día, el siglo XVI, que tan enfrascados nos había tenido hasta ese momento, dejó de ser el tema principal de nuestra conversación. Yo no tenía duda alguna de que me encontraba ante un hombre verdaderamente excepcional. Al fin y al cabo, cualquier dato del siglo XVI podría terminar encontrándolo investigando en cualquier sitio, pero todas esas cosas que él sabía no se encontraban todavía en ningún archivo o documento, porque eran cosas que todavía no habían pasado... y yo quería empapar-me de todo ello antes de que el tiempo nos separase para siempre.

Para mi general —desde entonces empecé a llamarlo así—, los tiempos que nos había tocado vivir no eran motivo de pesar ni de

quejas. Ciertamente, era plenamente consciente de que estábamos viviendo unos tiempos de prueba horrorosos, pero él, en lugar de perder el tiempo con lamentaciones estériles de “lo mal que están las cosas”, “que se han perdido los valores”, o de que “esto va de mal en peor”, se dedicaba a organizar cenáculos de oración y grupos de rezo del Santo Rosario, así como a escribir libros de historia. Seguía siendo tan militar como antes de jubilarse, pero ahora era consciente de que su nuevo puesto estaba en primerísima línea de combate, con esa fe ciega en la oración que tienen quienes saben que Dios nunca pierde batallas, y que el amor a la historia de nuestra patria es nuestra mayor garantía de futuro.

Sabía que su oración y su estudio tendrían fruto, y que este tiempo incierto pasaría, tras el cual Dios sería amado como nunca antes en la historia, y que España recuperaría el alto lugar que le corresponde. Sería como un nuevo Pentecostés, pero antes el mundo habría de purificarse. Todo comenzaría, sin aviso aparente, por el colapso del mundo que conocemos, y que creíamos indestructible...

—¿Y yo lo veré? —le pregunté con la ansiedad de un chiquillo al que le acaban de contar un cuento para que se duerma.

—Tú puede que sí, pero yo seguro que no...

Esa conversación fue el último recuerdo que tengo de don José María Sánchez de Toca. Mi general falleció hace un par de sábados, víctima del coronavirus, y Nuestra Madre quiso que le acompañase en el día de la Anunciación.

Madrid, abril de 2020.

## CAPÍTULO I

### El lunes de las Navas

*(Paso de Despeñaperros, 16 de julio de 1212)*

Los primeros rayos de sol asoman por entre las flamígeras crestas de Sierra Morena, produciendo hermosos destellos de luces multicolores, que rebotan en los bruñidos escudos y corazas de una interminable columna de soldados.

Estos hombres, que avanzan pesadamente sobre las estribaciones de la sierra andaluza, no han dormido en toda la noche, en una dura y frenética carrera contra el tiempo, y sus rostros adustos, acusan ya el fuerte cansancio que arrastran desde que apenas hace unos días salieron atropelladamente de Toledo, con rumbo a un destino incierto hacia el sur.

Caminan sin descanso, en un último intento a la desesperada de frenar el avance del nuevo imperio musulmán de los Almohades, quienes no sólo están a punto de dar al traste con lo conseguido tras cinco duros siglos de Reconquista en Hispania, sino que incluso amenazan con después invadir Europa. La gravedad de la tesitura es tal, que el mismo Papa Inocencio III le ha dado el carácter sagrado de Cruzada a la batalla que se prepara para frenar tan peligrosa amenaza, pues esta nueva invasión de los más fanáticos y sanguinarios hijos de Mahoma no es sólo un serio peligro para los diversos reinos de Hispania, sino incluso para todo el resto del orbe cristiano. De hecho, el mismo caudillo de los almohades, Al-Nasir, animado por la superioridad de sus

mesnadas, sueña ya en cruzar los Pirineos, y así se lo manifiesta abiertamente a los atemorizados embajadores que envían los reyes cristianos, en un vano intento de alcanzar la paz:

–Después de exterminar a todos los cristianos de Hispania, atravesaré los Pirineos, y plantaré el estandarte de nuestro Profeta en San Pedro de Roma, y el resto de iglesias de la ciudad servirá de establos para mis caballos.

\* \* \*

En este improvisado ejército cristiano combaten juntos, por primera vez, los diversos monarcas de los reinos que componen Hispania: don Alfonso VIII, rey de Castilla; don Sancho VII, rey de Navarra; y don Pedro II, rey de Aragón.

Don Diego López de Haro, es el comandante en jefe del ejército de Castilla, y Señor de Vizcaya, y como tal, encabeza la marcha de las tropas, pero la verdadera alma de esta cruzada no está en manos de un militar experimentado como don Diego, ni siquiera en un linajudo caballero de la alta nobleza de Castilla, o Aragón, sino que por contra descansa en la persona del mismísimo arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, un hombre de paz y de libros, pero que como pastor de Cristo en Hispania ha sabido ver su humilde papel en la historia, haciéndose cargo de la responsabilidad de mediar entre los diversos reyes peninsulares, para que olviden sus viejas y absurdas disputas, y reúnan el coraje suficiente como para hacer causa común como hermanos en la defensa de Hispania y su Santa Fe.

En ayuda de este ejército se han sumado varios miles de caballeros, venidos de todos los rincones de Europa, ante la llamada a Cruzada que ha hecho el anciano Papa. En este ejército de cruzados predominan los franceses, si bien también abundan ingleses y alemanes. Se les conoce como los “ultramontanos”, en clara alusión a su procedencia ultrapirenaica. En un principio este fuerte contingente de hombres llegados de fuera da ánimos y esperanzas a la soldadesca hispana, pues ya no se sienten solos, los acompañan sus hermanos en la Fe, venidos de confines remotos, y hasta parece que se aleja el temor a un nuevo y estrepitoso fracaso, como el sufrido unos pocos años atrás en Alarcos y Salvatierra. Pero

esta ayuda y estas ilusiones serán efímeras, pues a las pocas jornadas de abandonar Toledo con rumbo al sur, a la altura de Calatrava, el fuerte contingente de los ultramontanos decide darse media vuelta y volverse por donde ha venido. Dicen que no toleran la bárbara costumbre de los hispanos de cumplir la palabra dada a los agarenos, permitiéndoles conservar vida y bienes, después de rendir el Castillo de Calatrava. Consideran que no existe otra postura civilizada sino la de pasar a cuchillo a todos los musulmanes apresados, tal como dos días antes hicieron ellos mismos con toda la población almohade de Malagón. Pero en verdad su justificación es bien diversa; acaban de retornar los exploradores enviados y las nuevas que traen no pueden ser peores:

—Mi señor, el ejército enemigo nos triplica en fuerzas, y desde hace meses nos esperan bien pertrechados, descansados, y en su propio terreno —le dice el oficial de los exploradores, que acaba de retornar, a don Diego, mientras intenta recuperar la respiración.

\* \* \*

Solos se han quedado de nuevo los reyes de Hispania, y sus mesnadas apenas suman en total unos sesenta mil efectivos, entre caballeros y tropa de infantería, mientras que los exploradores no cifran en menos de doscientos mil el número de agarenos, quienes ya han sido avistados sobre la meseta que corona el Cerro de las Viñas.

—¡Aaalto! —gritó don Diego López de Haro, mientras tiraba del bocado de su caballo, haciéndole hincar sus ancas en el polvo.

Y, tras el general, todo el ejército se detiene al unísono, como si fuese un solo hombre. Ya no se escuchan los cascos de los caballos, ni el rechinar metálico de las armas. De repente se ha hecho un silencio absoluto, y el sol cae a plomo haciendo hervir las pesadas lorigas, yelmos y corazas de los soldados, produciéndoles un pegajoso sudor, al que se impregna, implacable, el polvo del camino.

El ejército cristiano se ha detenido ante lo que parece ser el único camino hacia la meseta en la que acampa el enemigo; el Paso de la Losa, un angosto desfiladero entre el montañoso bosque, que se encuentra franqueado y bien defendido por las tropas de Al-Nasir. Desde sus escarpados riscos, los almohades les esperan

bien pertrechados, con toda suerte de trampas y armas arrojadas, con las que pretenden diezmar en una cruel carnicería al ejército cristiano, sin darle siquiera la oportunidad de luchar a campo abierto.

En un intento suicida, los primeros castellanos avanzan a una orden de don Diego, e intentan infructuosamente abrir una brecha por la que poder avanzar el grueso del ejército, pero sólo se consiguen violentos choques que merman la moral de una tropa que no ve en ese desfiladero más que la crónica de una muerte anunciada.

Desde la entrada al paso observan los reyes cristianos los infructuosos intentos de avanzar. El desconcierto en la tropa aumenta por momentos, y se teme que pronto empiecen las primeras deserciones en masa.

En ese momento, y levantando una inmensa polvareda, se presenta el oficial de retaguardia, trayendo a la grupa de su caballo a un hombre vestido a la usanza de los pastores.

—¡Mi general! —gritó el oficial, atrayéndose la atención de don Diego, al tiempo que con una acelerada inclinación de cabeza le mostraba sus respetos.

Don Diego se separa del grupo en el que se encuentran los tres reyes para acercarse al oficial, quien le comenta:

—Mi general, este hombre es un pastor de la zona. Asegura que es cristiano, y que conoce un paso por el que podemos avanzar sin peligro hasta una amplia meseta desde donde poder atacar con ventaja.

—¿Qué dijiste que era este hombre: pastor o estrategia militar? —respondió irónico don Diego, después de carraspear profundamente y escupir un enorme salivajo contra el polvoriento suelo.

Y después de un breve momento, en el que se hace un ominoso silencio, don Diego, con un gesto de asentimiento, espolea a su caballo dando indicación de dirigirse hacia el grupo en donde se encuentran reunidos los reyes.

Don Diego se acerca a los reyes, y mientras les susurra algo, estos no dejan de mirar de soslayo al pastor. Cuando acaba de hablar, don Alfonso se encara al pastor, y le dice:

—Acercaos, buen hombre, y contadnos qué buena nos traéis.

—Majestad, a no más de media legua, y a lo largo de ese sendero —dijo Martín Alhaja mientras señalaba hacia el este con su cayado—, encontraréis el cráneo de una vaca sobre una estaca que hay clavada en el cruce con un camino empedrado. Es la señal que os he preparado para que cojáis ese camino hacia el sur, que es una antigua calzada romana por la que podéis llegar hasta una alta meseta, conocida como Mesa del Rey. Allí podrán descansar vuestras tropas, para que, una vez repuestas, podáis atacar con ventaja al ejército de los almohades, situado justo enfrente, en el cerro conocido como de Las Viñas.

—¡Estratega militar!... ¡Justo lo que yo había dicho! —comentó, sin gracia, don Diego, mientras don Alfonso, le dirigía un gesto de desaprobación.

—¿Por qué he de creerlos? ¿Cómo se que no sois un espía moro? —preguntó el Rey sin dejar de mirar fijamente al pastor.

—Majestad, mi familia y yo somos mozárabes; esclavos en nuestra propia tierra por negarnos a aceptar las falsas creencias de nuestros invasores. Son ya más de cinco siglos los que llevamos soñando con recobrar nuestra libertad, esperando que de nuevo Hispania vuelva a ser cristiana.

El éxito de la batalla, las vidas de todos estos hombres, el futuro de los reinos de Hispania, y parte del destino mismo de la cristiandad, está en manos de este sencillo pastor del que nada y todo a la vez conocen. Ni siquiera acierta a expresarse medianamente en castellano y se hace necesario el servicio de los intérpretes árabes para entender lo que atropelladamente sale de su boca, pero sus ojos, azules y profundos, son capaces de expresarse mejor que sus labios, y se entiende que hablan con nobleza, lo cual, ciertamente, saben que es imposible en un almohade.

—Peor paso que este es imposible que encontremos. No tiene, por tanto, sentido que este hombre nos engañe —musitó don Alfonso, mesándose la barba.

\* \* \*

El ejército cristiano ha llegado salvo y sin contratiempos a la meseta señalada por el pastor, donde emplearán el resto del día en

acampar y descansar. Al día siguiente, domingo, se celebra una gran misa de campaña, y casi todos los hombres aprovechan para hacer confesión; no saben si en breve tendrán que rendir cuentas ante su Hacedor, y quieren estar preparados.

El lunes, 16 de julio de 1212, nada más alborear, don Alfonso da la orden de ataque. Antes ha previsto mezclar la caballería con los peones, y las mesnadas de los concejos, con las gentes de armas. Esto conferirá gran cohesión a los distintos escuadrones, contribuyendo a homogeneizar unas fuerzas ya de por sí muy dispares; nobles y plebeyos lucharán juntos en las mismas líneas; los plebeyos confirmando valor y coraje, y, por su parte, los nobles imponiendo orden y disciplina. Por último, ha reforzado el ejército con cuanta caballería pesada ha conseguido reunir, disponiéndola como reserva. Don Alfonso todavía no ha olvidado la dura derrota de Alarcos —pocos años atrás— y, consciente de que un nuevo fracaso supondría el fin definitivo, no quiere que nada quede esta vez al azar.

De repente, todo se ve suceder con una vertiginosa rapidez; la vanguardia cristiana, nada más comenzar a ascender desde la Meseta del Rey al Cerro de las viñas, es diezmada por una incesante lluvia de flechas y dardos, y pronto los pocos que quedan vivos se encuentran completamente rodeados, o han empezado la retirada. Las sombras de Alarcos se ciernen de nuevo sobre el ejército cristiano, y urge un cambio de estrategia.

El noble Alfonso, al darse cuenta de ello, y al observar que algunos con villana cobardía, no atendían a la conveniencia, dijo delante de todos los hombres al arzobispo de Toledo:

—¡Arzobispo, muramos aquí yo y vos!

—¡De ningún modo! Antes bien, aquí os impondréis a los enemigos.

—¡Corramos a socorrer a las primeras líneas, que están en peligro!

Los musulmanes, confiados en el terrible golpe que acaban de asestar al ejército cristiano, y viendo que muchos de los que han sobrevivido comienzan la huida, dan por ganada la batalla, cometiendo el error de romper la formación, para lanzarse desenfrena-

damente en tropel a la busca del botín. Pero en ese momento, y con una embestida tan inesperada como arrolladora, irrumpen en medio del campo de batalla el mismo don Alfonso, con el grueso de su ejército y la caballería pesada que había dispuesto como reserva. La crudeza del choque consigue abrir una enorme brecha en las filas almohades, que aprovechan don Sancho y sus caballeros para llegar hasta el palenque de Al-Nasir. El palenque se encuentra defendido por la guardia negra del caudillo moro, encadenada alrededor de la jaima para impedir que huyan, pero es inútil; el rey navarro, con sus hombres, superan esa última línea defensiva, y Al-Nasir tiene que huir a uña de caballo, apenas acompañado por cuatro hombres.

\* \* \*

La batalla ha acabado con una victoria cristiana tan aplastante como inesperada, y don Alfonso quiere aprovecharla para impedir que puedan reorganizarse de nuevo. Para ello dispone que persigan a los vencidos en su huida, sin darles cuartel. Será una cacería que durará hasta la caída del sol, y en la que, a lo largo de casi seis leguas, la caballería cristiana dejará un reguero de más de cien mil musulmanes muertos.

—Señor, el rey os llama a su presencia —le dice el capitán de la Guardia Real al pastor, después de encontrarlo vagando por el campo de batalla, completamente absorto y como sin sentido.

El pastor, Martín Alhaja, y el capitán de la Guardia Real, suben, sin mediar palabra, por la suave vertiente que forma la ladera, hasta llegar a la meseta del Cerro de las Viñas. La planicie se encuentra completamente desierta, y la única silueta que recorta el horizonte es la del palenque de Al-Nasir, con su enorme jaima en medio, sobre la que todavía ondean multitud de estandartes, sin apenas gracia, como esperando una mínima brisa que los levante al vuelo, pero que ya no llegará. Ya nada queda del orgullo de los agarenos, sino solo cadáveres, cascos, lanzas, y todo tipo de armas esparcidas por el suelo, y que tienen que ir sorteando para no tropezar, mientras se dirigen a la puerta de la jaima.

Dentro se encuentran los tres reyes y el arzobispo. Están eufóricos, cada uno comentando en alto su particular visión de la

batalla que acaban de ganar, al tiempo que no paran de trastear, revolviéndolo todo, y poniendo mangas por hombro lo que hasta hacía escasos momentos había sido cuartel general de Al-Nasir, y por eso el capitán prefiere esperar a que acaben, antes de anunciar la visita.

—¿Os gusta este pendón, don Sancho? Es, sin duda soberbio, me lo llevaré a Burgos, al Monasterio de las Huelgas, allí quedará como exvoto ante la Virgen Santísima, y como recuerdo de esta memorable jornada, para las generaciones futuras —afirmó ufano don Alfonso.

—Pues... ¿Qué queréis que os diga? Un trapo con un montón de palabrejas en árabe que no hay quien las entienda. ¡A saber qué barbaridades pueden decir! No tendría yo tan claro eso de llevar algo moro a un convento —respondió desdeñoso don Sancho mientras examinaba al contraluz una enorme esmeralda.

—¡Mi Señor, aquí le traigo las cadenas a las que estaban atados los negros, tal como me ordenó! —le gritó a don Sancho uno de sus caballeros, al tiempo que entraba en la jaima, arrastrando los pesados eslabones.

—¡Cargadlas en las acémilas!, nos las llevamos a Pamplona —le respondió mientras seguía ensimismado mirando la esmeralda.

—¡Por los clavos de Cristo, don Sancho! ¿Es que en Navarra no tenéis cadenas, como para tener que ir cargando hasta Pamplona con semejante chatarra? Desde luego que sois borricos los vasos... no hay quien os entienda; os parece vulgar que me lleve el pendón de Al-Nasir, nada menos que el símbolo de nuestra victoria, y os quedáis prendado de un montón de chatarra que solo servía para herrar esclavos negros.

—No son unas simples cadenas, mi querido Alfonso, ni esto es una esmeralda cualquiera. Habéis de saber que, desde hoy, esta esmeralda y estas cadenas forman el escudo de Navarra.

—Pues brindemos por ese nuevo escudo y por ese pendón, y, ya que tanto os agradan, no encontraréis reparo alguno en que yo me lleve para Aragón el resto del botín —añadió don Pedro mientras vaciaba una jarra de vino en media docena de labradas copas de plata que había sobre la mesa.

El arzobispo, don Rodrigo Jiménez de Rada, cogió la primera copa, y mirando con un gesto de simpatía a los tres reyes, y casi con la misma e impresionante solemnidad con la que acostumbraba a consagrar en la Santa Misa, la alzó, al tiempo que lanzaba su plegaria:

—Dios Nuestro Señor, que por su infinita misericordia nos ha concedido en el día de hoy la victoria, bendiga el nuevo escudo de Navarra, y el de Castilla, y el de Aragón, y nos alcance un día la Gracia de acabar esta reconquista con un único escudo para toda Hispania.

—Amén, se escucho tronar al unísono.

—¡Alto!, un momento; no sería justo que brindásemos, mientras tenemos ahí de pie, como un pasmarote junto a la entrada, al verdadero artífice de la victoria. Por favor, caballero, entrad y brindad con nosotros, el mérito ha sido vuestro —espetó don Alfonso, dirigiéndose a Martín Alhaja.

—Yo, yo... soy un simple pastor, majestad —dijo titubeando Martín Alhaja, mientras se acercaba tembloroso a la mesa.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó afectuosamente el arzobispo.

—Martín Alhaja.

—Pues desde hoy, ni vos, ni vuestra descendencia volveréis a ser pastores, ni os apellidareis Alhaja, pues dispongo que troquéis el cayado por la espada, pasando a mi servicio y al de Castilla como caballero, y para que nunca olvide la historia lo que hoy habéis hecho, vuestro nuevo apellido será Cabeza de Vaca, en recuerdo de la señal con la que nos dirigisteis a la victoria. Señor arzobispo —añadió don Alfonso—, ahora sí podemos brindar; ¡Por Hispania, y su nuevo caballero!

—Don Pedro, no sé cómo sabíais que Al-Nasir, siendo moro, tenía vino en su tienda. Pero más me sorprende el extraordinario parecido que guarda al paladar con los caldos que todos los años os compro, aunque este, ciertamente, sabe mejor —refunfuñó don Sancho, acercándose una copa de vino a los labios.

—Nuestros mejores vinos del Penedés, para quienes mejor plata nos den por ellos, sean moros o cristianos —respondió impasible don Pedro.

—¡Catalanes...! —musitó, esbozando una sonrisa, don Sancho.

\* \* \*

La Batalla de las Navas de Tolosa, que es así como la conoció la historia, supuso para los musulmanes la pérdida de su hasta entonces indiscutible hegemonía sobre Hispania. A partir de ese momento, y durante los dos siglos y medio siguientes, el gran Imperio Almohade se fue deshaciendo en pequeños Reinos Taifas, a los cuales ya no fue difícil ir haciendo caer, uno tras otro; Extremadura, Murcia, Valencia, Jaén, Córdoba, Sevilla... como si de fichas de dominó se tratase.

Mientras, y en ese mismo tiempo, los reinos cristianos, antes pequeños y divididos, han adquirido madurez y confianza, se han ido uniendo y haciéndose fuertes, y han acabado formando una misma Corona; la de los Reyes Católicos, quienes han puesto el broche de oro a la Reconquista con la toma del último reino moro, el de Granada.

Testigos de esos últimos siglos de Reconquista, y de esa magnífica reunificación de España, han sido los descendientes del pastor que un día señaló el camino hacia la victoria. La familia de los Cabeza de Vaca, quienes, desde la jornada decisiva de Las Navas de Tolosa, no han dejado de estar al servicio de los diversos reyes de Castilla. Avanzando siempre con ellos hacia el sur, luchando y reconquistando terreno, hasta que llegó un día en que, tras ganar Cádiz en la Batalla del Salado, vieron que hacia el sur ya no había nada más que reconquistar, por lo que don Diego Cabeza de Vaca —nieto de Martín Alhaja— y su familia decidieron seguir sirviendo a su rey, pero ahora guardando sus fronteras, motivo por el cual se establecieron en Jerez de la Frontera, que es así como se llamó la ciudad, por hacer de frontera occidental entre el reino cristiano de Castilla, y el último reino moro, el de Granada.

\* \* \*

Pero de todo esto ha pasado ya mucho tiempo, casi tres siglos y medio, y hoy los Cabeza de Vaca son unos hidalgos más, de los muchos que abundan por Andalucía, dedicados a los menesteres de sus tierras, su familia, sus negocios, y a poco más. Apenas queda ya nadie que se acuerde de quiénes fueron en otro tiempo, ni

de sus heroicas gestas, salvo uno, ya muy viejo, que pasa las horas muertas perdiendo su mirada en el infinito. Quizás esperando, un año más, ver cómo el chiar de las golondrinas, cruzando raudas el azul del firmamento, anuncia una nueva primavera. Puede que sea porque sabe que a su edad quizás sea la última vez que las vea, o tal vez sean demencias de viejo chocho, el caso es que después de setenta y dos años, uno aprende a valorar las cosas importantes de la vida, como son las golondrinas o la primavera, y a desdeñar las meramente accesorias, como los honores, la gloria, o el dinero.

Pero..., perdón; antes de seguir, creo que no me he presentado —a los viejos nos falla la cabeza con demasiada frecuencia—: me llamo Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, y este libro que tienes entre tus manos es la historia de mi vida, la del último caballero del linaje de los Cabeza de Vaca. Un apellido raro, y hasta cierto punto ridículo, motivo por el cual he querido comenzar esta narración contándote la historia de mi familia y de nuestro apellido.

Los viejos tenemos ganada a pulso la mala fama de cansar a la gente joven con interminables y pesadas historias, nuestras famosas batallitas, pero no te preocupes; prometo intentar contarte mi vida sin aburrirte, no escribiré al estilo de los pesados cronistas del reino, o de los profundos abades de los monasterios. Lo haré como hacen los juglares que recorren los caminos, o los trovadores que van de pueblo en pueblo, con su carga de romances y canciones, que tanto me hicieran soñar en mi juventud.



## CAPÍTULO II

### Primavera en el Guadalete

*Jerez de la Frontera, 1492–1506*

Los paisajes de la infancia siempre están coloreados por la memoria. Una memoria por la que me deslizo hasta Jerez de la Frontera, donde nací el año de 1492. La recuerdo como una de esas ciudades andaluzas de estampa aquilina, que se desparrama informe entre la orilla de poniente del río Guadalete, y el Coto de Doña Ana, y tan solo unas leguas al norte de la Bahía de Cádiz. Muchas otras ciudades he conocido en mi vida. Podría, incluso, afirmar que he recorrido la mitad del mundo que hoy sabemos dibujar en planos, y aun quedándome la otra mitad por conocer, creo que no existe en todo el orbe una tierra con tan fuertes contrastes de olores, como los que todos los años, por primavera, inundaban mi ciudad natal, Jerez de la Frontera. Allí el sol de la mañana les arrancaba a las marismas un profundo y limpio olor a agua salada y campo, y al caer la noche, la luna embriagaba el aire con su sensual perfume a jazmines y azahar.

Fue en ese paraíso donde, hace ya setenta y dos años, mi madre me parió, y es también el sitio donde viví mi juventud, una época dorada y feliz, de la que solo guardo entrañables recuerdos, a pesar de la temprana pérdida de mis padres.

Eran mis padres don Francisco de Vera, y Teresa Cabeza de Vaca, ambos pertenecientes a familias de la nobleza provinciana andaluza, sin más bolsa ni rentas que las de su trabajo y buen hacer, pero con un enorme capital de virtudes cristianas y señorío humano. Mi padre era hijo de don Pedro de Vera Mendoza, quien ganó Canarias para Castilla, mientras que mi madre descendía

directamente de Martín Alhaja, el humilde pastor que cambió el destino de España, en la brillante batalla de las Navas de Tolosa. De este matrimonio nacimos tres varones, y otras tantas hembras. Yo era el menor de los varones, siendo mis hermanos mayores Fernando y Juan, mientras que las hembras se llamaban María, Mencía y Violante.

No siendo yo el primogénito, y según la costumbre de la época, podía elegir como primer apellido entre cualquiera de los de mis padres, y, como quiera que mis hermanos varones aseguraban la continuidad a los Vera, opté por Cabeza de Vaca, en lugar de Vera, a fin de que no se perdiese el apellido. Todavía me siento orgulloso de mi elección, y supongo que quizás también mis antepasados opinen —desde arriba— lo mismo, pues, aunque conmigo parezca que muere el apellido para este mundo, en verdad queda inmortalizado para el Cielo, o al menos con esa esperanza paso mis últimos días entre los muros de este convento.

En Jerez teníamos nuestra casa dando a la Plaza del Mercado, en pleno meollo de la ciudad, y, en nuestra misma colación, se encontraba también la casa donde vivían mi abuelo paterno, don Pedro de Vera, y su hijo Diego. Bueno, más que vivir en esa casa, se puede decir que dormía, pues siendo viudo, comía, cenaba, y pasaba la mayor parte del día en nuestro hogar. Sus otros hijos, los cuatro hermanos de mi padre, eran Diego, Martín, Hernando y Rodrigo, pero lo normal es que pasasen los años sin que supiésemos de ellos, siempre trajinando, y viajando de acá para allá. No los he vuelto a ver, pero tampoco olvidaré jamás las fiestas que había en casa del abuelo Pedro cuando regresaba alguno de ellos, siempre cargados de regalos e impresionantes historias de viajes y batallas que despertaban nuestra imaginación, y que nos contaban una vez tras otra, cada vez que llevábamos a un amigo, sin aburrirse ni ellos de contarlas, ni nosotros de escucharlas.

Por último, la familia se completaba con mi tía Beatriz, hermana de mi madre, su marido, el tío don Pedro de Estopiñán —que era un hombre muy importante, por ser la persona de confianza del mismísimo Duque de Medina Sidonia—, y sus hijos; mis primos, Pedro, Lorenzo, Ramón, Francisco y Diego. Entre ambas

familias formábamos una piña, de tal guisa que allá donde iban mis padres allí iban también mis tíos y primos, y, adonde ellos acudían, tampoco faltábamos nosotros.

\* \* \*

Con una familia numerosa y que se quería, y en una ciudad entrañable, como era Jerez, mi infancia no pudo menos que ser la de un niño feliz y alegre, con un universo que se desenvolvía entre las clases en el Colegio de los Franciscanos, y los juegos en la Plaza del Mercado, donde mis hermanos, mis primos, y nuestros vecinos — los Riquelme—, pasábamos las tardes enteras jugando a batallas entre moros y cristianos, batallas que acababan siempre con algún descalabrado, y una semana de castigo sin bajar a la plaza.

Coincidió mi paso de la infancia a la juventud, o edad del pavo, como la llamaba mi madre, con el cambio académico. En un principio, tanto mis primos, como mis hermanos, asistíamos diariamente a clase en el Convento de los Franciscanos, como ya he dicho antes. La idea había partido de mi padre, quien no dejaba de insistir en que la Orden Franciscana acababa de ser reformada por la reina Isabel y por Cisneros, y que por tanto no había institución donde nos pudieran formar con mayores garantías. Así fue hasta que don Juan Riquelme —vecino nuestro y nada menos que el regidor de Jerez— les pidió a mi padre y mi tío que nos cambiasen a las clases que se iban a empezar a dar en su palacio. Mi tío Pedro se mostró de acuerdo, sacando a relucir su vena política, y argumentando que nos convenía educarnos en compañías que algún día nos pudiesen granjear buenas relaciones sociales. Por mi parte, mi padre no puso mayor objeción, una vez que nos fue asignado como tutor el Padre Fons, un sacerdote, también de la orden franciscana, con fama de ser tan santo como sabio.

El Palacio del Regidor, recién edificado al más puro estilo plateresco, tan en boga por aquel entonces, daba directamente a la Plaza del Mercado. En él, don Juan Riquelme había mandado que nos habilitasen un gran salón interior, de unos veinte pies, que daba directamente al claustro. El suelo, de ladrillo basto cocido, las paredes simplemente enjalbegadas, y unos simples tabloncillos corridos, a forma de bancos y pupitres, constituían toda la deco-

ración y mobiliario del aula. Por contra, el artesonado del techo estaba labrado con ricas y profusas formas geométricas labradas a la usanza mozárabe. Este absoluto contraste entre una exquisita elegancia y una austeridad que rayaba la pobreza no era algo exclusivo de nuestra aula, pues también constituía el estilo común, tanto en el resto del Palacio de los Riquelme, como en nuestras propias casas, o edificios públicos. No se puede decir que fuese una combinación de estilos, surgidos al azar en diferentes épocas, quizás por motivos de presupuesto. Era, con toda seguridad, más que una forma de edificar o decorar, toda una declaración de principios, una expresión plástica de ese dualismo que conformaba una concepción mística de la vida: Cielo y tierra, gloria y humildad, alegría y sacrificio...

A las seis de la mañana teníamos ya que estar en el palacio. Desde mi casa, apenas tenía que cruzar un par de cuadras, pero en invierno, y a esas horas, el endiablado frío húmedo de las marismas me calaba hasta el tuétano de los huesos, colgándome de las narices unos mocarrones como témpanos, que, por no sacar las manos del jubón, no limpiaba hasta llegar a la misma puerta del palacio. A esa hora, el Padre Fons daba su misa en la capilla, donde, una vez por semana, nos tocaba a cada uno hacer de acólito. Una vez terminada, nos dirigíamos a la cocina, donde podíamos calentarnos en el hogar, recién encendido con las ascuas de la noche anterior, mientras nos daban a desayunar un bollo caliente, y un vaso de leche, o un cuartillo de vino aguado. Con el bollo todavía en la boca, nos mandaban al aula, a esperar que llegase el Padre Fons, quien antes gustaba de departir distendidamente con el regidor, mientras daban buena cuenta de algunas viandas. Recibíamos las clases en dos grupos, divididos por edades, mayores y pequeños, y fue allí donde forje mi profunda amistad con mi primo Pedro, y Juan Riquelme, hijo del regidor.

\* \* \*

Esos inviernos de colegio siempre parecían eternos, con esa dura monotonía que invadía los días, las semanas, y los meses. Fue por aquel entonces cuando me tocó vivir el peor día que recuerdo de toda mi existencia. Llegué a casa esa tarde, después de

las clases, ya de anochecida, en medio de una apretada lluvia, y allí me encontré con mi padre enfermo en la cama. Primero mis hermanos mayores acudieron en busca del físico, y después el físico acudió en busca del cura, y después mi madre, con el rostro descompuesto, acudió en busca nuestra para que nos despidiésemos de papá, porque se iba al Cielo. Todo sucedió así, de repente. Resulta que eres un niño y tienes padre, y de repente ya no lo tienes. Contaba yo apenas trece años, por lo que, si no me equivoco, ha transcurrido bastante más de medio siglo desde entonces, pero así transcurriesen enteros todos los siglos de la humanidad, no podré olvidar jamás ni ese primer duro golpe de la vida, ni esa serena sonrisa que iluminaba la cara de mi padre la noche que nos dejó para irse al Cielo, como quien sabe que pronto se presentará ante la Eternidad con las manos llenas.

Jerez entero, y buena parte de la gente de la comarca, estuvo desfilando por mi casa sin parar durante todo un interminable día de velatorio, y más todavía quienes tuvieron que agolparse, sin poder entrar, ante la puerta de la iglesia del Monasterio de Santo Domingo el Real, donde mi abuelo Pedro había dispuesto que fuese enterrado mi padre.

Parece mentira esa ruin condición humana de no saber apreciar lo que se tiene, hasta que se pierde. A mí me pasó eso con mi padre. Primero, esa envidiable sonrisa con la que se fue; sin duda, un lujo reservado en exclusiva para aquellos que durante su vida han sabido estar por encima de todo lo que simplemente acaba con la muerte. Y después el sermón del Padre Fons en el funeral:

–Nuestro hermano Pedro fue un ejemplar esposo y padre de familia numerosa. Con sólo eso bastaría para concluir mi sermón asegurando que es santo y disfruta de la Gloria Eterna, pero, aparte, Pedro fue útil, dejó poso, luchó la batalla hasta la victoria, y ha alcanzado la meta...

Y por último las visitas y cartas de condolencia de medio mundo, incluidos el mismísimo don Cristóbal Colón, y el rey don Fernando.

Yo, sencillamente, no dejaba de salir de mi asombro, no entendía nada. Sabía, eso sí, que mi padre, aparte de regentar sus

huertas en el Valle de Sidueña, tenía un puesto importante en el Cabildo de Jerez, pero poco más. Por eso quise saber más, y no queriendo acrecentar el dolor de mi madre con recuerdos de su amado, acudí a mi abuelo Pedro:

—Abuelo, ¿por qué dispusiste que fuese mi padre enterrado en la capilla mayor de los Franciscanos, y no tú o uno de los tíos? — pregunté con picardía.

—A cada cual lo que le toca, y si algún Vera ha de ser honrado, sin duda ese honor correspondía a tu padre.

—Sí, pero tú conquistaste Gran Canaria, y los tíos... — me apresuré a responder, ávido de tirarle de la lengua al abuelo.

—Sin mí, tarde o temprano, se hubiese conquistado igualmente La Gran Canaria. Esos pobres guanches, aparte de una buena higa que les honra, no tenían para tirarnos más que piedras. Y con respecto a tus tíos, pues ¡qué te voy a contar...! que más les valdría tener el coraje necesario como para sentar la cabeza de una puñetera vez, como Dios manda.

Entonces mi abuelo se arrellanó en el sofá, suspiró profundamente, y volviendo de nuevo la mirada hacía mí, me dijo:

—Anda, ven para acá, y arrímate a la vera de este viejo, que te voy a contar cosas de tu padre.

Esa tarde la pasamos entera solos mi abuelo y yo. Y de forma pausada, entrecortando sus narraciones con silencios en busca de recuerdos, mi abuelo me fue desgranando la historia de esa otra vida de mi padre que hasta entonces no me había molestado en conocer. Durante horas, desde que empezó hasta que acabó, me tuvo con el estómago encogido como en un puño, sobre todo, cuando a veces, en medio de esos largos silencios, se le escapaba entre gemidos lastimeros;

—¡Qué duro es perder un hijo! ¡Qué duro que es perder un hijo!

Era entonces cuando yo no podía aguantarme más, y se me hacía imposible evitar que se me resbalasen algunas lágrimas, mejilla abajo, quizás reprochándome el poco caso que le había hecho a mi padre, sobre todo últimamente, desde que empecé eso que mi madre llamaba la edad del pavo. En todo caso, intentaba que no

lo notase mi abuelo, pues yo quería hacer creer que ya era todo un hombre, y ya se sabe que los hombres no lloran.

Y así, entre anécdotas sueltas y desordenadas, desde sus pille-rías infantiles, hasta sus gestas más heroicas, tuve el honor, el gran honor, de conocer a mi padre. Resumiendo su vida, diré que, en contra de esa aparente normalidad que parecía caracterizarle, escondía un corazón magnánimo, de esos que son capaces de ver más allá de los agobios del día a día. Solo desde esta perspectiva podría explicarme esa especie de visión de futuro que tenía, y que le llevó a desempeñar un crucial papel político en su tiempo. Por aquel entonces, en 1505, ya nadie dudaba que la España de los Reyes Católicos empezaba a despuntar como primera potencia mundial, pero en 1477 España no era más que un corral de ovejas, compuesto por unos cuantos reinos divididos, incluidos los moros de Granada, y donde los Reyes Católicos no eran más que una pareja de recién casados, por los que nadie en su sano juicio hubiese apostado una blanca. De hecho, estaban a punto de perder la guerra y la corona contra los nobles partidarios de la bastarda Juana la Beltraneja, apoyada nada menos que por el entonces poderoso Reino de Portugal. Sin embargo, mi padre, en aquel mismo año de 1477, y desoyendo los consejos de los “listos” que le prevenían con eso de “conviene no señalarse” por las posibles “consecuencias”, recibió en el Consistorio de Jerez a los Reyes, ofreciéndoles todo su apoyo y bienes. Años más tarde, ganada ya la guerra civil, les apoyó también en la Guerra de Granada, no solo luchando como capitán al frente de las milicias concejiles de Jerez, sino también suministrando abundantes sumas de dinero y bienes. Y, por último, una vez también ganada la Guerra de Granada, volvió de nuevo a brindarles su ayuda colaborando en el aprovisionamiento de los buques que se armaban para la expedición de don Cristóbal Colón a las Indias, cuando todos los “grandes hombres de negocios” decían que esa expedición a las Indias no era más que una locura imposible de realizar.

Resultaba que mi padre, más que un héroe, había sido todo un fenómeno, no cabía duda. Pero, sobre todo, y eso es lo más me impresionó, mi padre, y según me contó mi abuelo, antes que héroe

o santo, resulta que primero había sido un niño al que le gustaba escaparse de casa para irse al río a pescar con los amigos, y más tarde, de joven como yo, seguía escapándose, pero no ya para irse a pescar peces, sino todo aquello que llevase faldas. Eso me hizo ver que a veces lo que entendemos por grandes santos, o grandes héroes, primero y antes que nada han sido grandes hombres normales y corrientes. Y sin duda, con casi catorce años, eso es algo que a uno le saca de muchos miedos e incertidumbres propios de esa edad.

Desde aquella larga tarde de confianzas, entre mi abuelo y yo se estableció esa especie de complicidad que traspasa las barreras del parentesco o la edad. A veces, hasta pienso que decidió dejar de lado ese papel del abuelo distante que había sido hasta entonces, para pasar a ocupar un poco el puesto del padre que tan pronto había perdido.

\* \* \*

El resto de aquel invierno transcurrió largo y lento, con el perenne recuerdo de mi padre acompañándome a cada momento. Todos los días me despertaba queriendo pensar que su muerte no había sido más que una pesadilla, que me iba a levantar y lo encontraría allí, en el comedor, desayunando mientras examinaba con fruición alguno de sus documentos. Pero en el comedor ya solo estaba mi madre, con la mirada perdida en ninguna parte, mientras sorbía pausadamente su tazón de leche. A veces la sorprendía con los ojos hinchados, y húmedos, como quien se acaba de secar las lágrimas aceleradamente para que nadie note nada.

Se dice que el dolor es como el yunque donde se forja el buen acero. A mí, sin duda, me sirvió para encontrarme, antes de tiempo, con el hombre que había en mí, y que hasta ese momento solo tenía forma de niño feliz, con barba rala y espinillas en la cara.

\* \* \*

Un día, de repente, volvió la primavera. Sucedió como siempre: resulta que esa mañana te levantas con un alegre palpito en el corazón, y empiezas a experimentar esa especie de aviso que te sobresalta cuando sientes que empiezas a ser feliz de nuevo. Tienes

la seguridad de que la mala racha ha pasado, y que ahora, ¡por fin!, toca que te la vida empiece a sonreírte, que las cosas te salgan bien, y te sientas contento contigo mismo. Sales a la calle, y resulta que el sol, aparte de iluminar radiantemente, también te calienta, y que las golondrinas parece que bailan en el aire en tu honor, y te hace gracia ver en una plaza cómo los palomos, que hasta entonces solo sabían andar cabizbajos en busca de una migaja, ahora van con el pecho sacado y la cabeza alta, arrullando pesadamente a una palomita de la que solicitan su amor. Quizás sea que las verdaderas cosas que nos hacen felices en esta vida no surgen de esos únicos e irrepetibles acontecimientos que siempre estamos esperando, y que en verdad nunca o casi nunca llegan, sino de esa dulce monotonía del sucederse siempre las mismas cosas.

Pero, aparte, lo mejor de la primavera era que suponía el principio de la cuenta atrás para el fin de las clases. Todos los años, a finales de junio, y coincidiendo con San Juan, era costumbre entre los maestros darnos vacaciones hasta septiembre, pues los calores de verano no eran buenos amigos de los estudios. Era entonces cuando nuestro maestro, el señor Fons, después de un agotador repaso general del curso, se despedía de nosotros hasta septiembre.

Los meses de verano discurrían primeramente entre El Coto de Doña Ana, con mis tíos, y más tarde en las playas de Valdeagrana, del Puerto de Santa María, con mis padres y hermanos.

En un principio, y antes de la muerte de mi padre, era yo solo quien me iba con mis primos el mes de julio entero al Coto de Doña Ana, mientras que mi madre permanecía en casa, acompañando a mi padre. En el Coto, el Duque de Medina Sidonia les había cedido a mis tíos una magnífica casa de campo en su misma cortijada, y a tan solo una jornada de Jerez. Como ya dije antes, mi tío, don Pedro de Estopiñán, era el contable mayor y hombre de confianza del Duque, y sin duda ese mes que pasaban juntos no solo lo empleaban en liquidar cosechas y plantear siembras, sino que además constituía la excusa perfecta para disfrutar de la gran amistad que les unía, sobre todo desde que en 1497 mi tío, en ca-

lidad de oficial de la Casa Ducal, conquistase Melilla a los piratas berberiscos que asolaban las costas andaluzas.

A partir de ese verano de 1505, y ya muerto mi padre, empezaron también a venir conmigo tanto mi madre, como mis hermanas, por solicitud de doña Mencía, la mujer del Duque. Con los años, tanto mi madre como mi tía también habían forjado una profunda amistad con ella, quien, sin hijos y con un marido siempre de viaje, agradecía toda la compañía que se le diese. La de mi madre, tía Beatriz, y doña Mencía, era una de esas amistades que un hombre jamás sería capaz de comprender —aunque sí de envidiar—, basada en esa especie de felicidad que solo las mujeres son capaces de encontrar en las cosas pequeñas de cada día, de esos detalles aparentemente tontos y simples, pero que son de los que, al fin y al cabo, está hecha la vida; que si el retal de tela estampada que he comprado esta mañana en el mercadillo es ideal..., que si ayer vi a María saliendo de misa de nueve y estaba guapísima..., que si Fulanita ha dado a luz una niña preciosa con unas piernecitas regordetas que están para comérselas...

El Coto formaba parte del enorme señorío de la Casa Ducal de Medina Sidonia, y constituía su residencia estival, en la que el Duque gustaba de organizar grandes fiestas y cacerías. Era un inmenso jardín, con una enorme cantidad de recursos forestales, a la vez que escasamente poblado. Este hecho generaba la doble consideración de dichos espacios: mientras que para las clases gobernantes era un lugar de ocio y diversión, idóneo para la práctica de la caza y ostentación de sus riquezas, para las clases menos desfavorecidas de las villas limítrofes constituía la despensa donde avituallarse a través de la caza furtiva y recolección de especies vegetales.

Durante esos meses de julio en el Coto, la vida de mi primo Pedro y yo transcurría en su propio universo, completamente al margen, tanto de las fiestas y cacerías de mi tío y el Duque, como del control de nuestras madres, quienes continuamente nos reprochaban si nos habíamos creído que estábamos en una posada, dado que apenas aparecíamos por la casa para comer y dormir. Con esa edad, el Coto era una especie de paraíso en el que se po-

día hacer todo lo que a un par de gamberros se les pasara por la cabeza: registrar a escondidas los desvanes en busca de algún viejo secreto hasta entonces olvidado, bañarnos en la alberca de la huerta, cazar gorriones con costillas y conejos con lazos, o hacer guerras de piedras contra los hijos de los labriegos.

\* \* \*

Al llegar el mes de agosto, nos trasladábamos a Valdelagrana. Era una costumbre familiar que ya venía desde bastante tiempo atrás, desde que mi abuelo dejó de dar tumbos de acá para allá con sus conquistas, para dejarse ser conquistado —por mi abuela— y sentar la cabeza. Mi abuela, que se llamaba Mónica, había heredado de su padre —mi bisabuelo Mariano— almadrabas y salazones en la zona, junto a una buena casa solariega, desde la que poder regentar cómodamente dichos negocios. Desde entonces, la casa de Valdelagrana se convirtió en el refugio familiar del que huir de la pesada monotonía, la pegajosa canícula, y los insufribles mosquitos del Jerez de julio y agosto.

Pocos recuerdos guardo de esos veranos de infancia en Valdelagrana, anteriores a la muerte de mi padre. Los juegos de niños en la playa, los paseos con mis padres por el Puerto de Santa María, y poco más. Sin embargo, a partir de ese verano de 1505 todo empezó a cambiar. Ese verano mi primo Pedro se vino con nosotros. Al principio, los primeros días nos aburríamos soberanamente, dado que, después del ajetreo del Coto, eso de jugar en la playa con mis hermanas, o pasear con mi madre, era algo que, fuera de despertarnos el más mínimo interés, nos producía una especie de natural rechazo. Como si de repente esas ñoñadas, propias de la infancia, ya no fuesen con nosotros. Creo que debíamos sentir eso mismo que les pasa a los gusanos: que, mientras son gusanos, se contentan con arrastrarse por el suelo comiendo porquerías, pero que un día, de buenas a primeras, se metamorfosean en espléndidas mariposas, que revolotean de flor en flor saboreando su néctar, y entonces son felices. Nuestro problema era que, siendo conscientes de nuestra particular metamorfosis de adolescentes, no sabíamos ni por dónde revolotear, ni qué néctar probar. En ese dilema, pronto creímos encontrar una distracción,

acorde con nuestro nuevo estado: entre los juncales de la desembocadura del río Pedro, y amarrado a uno de los pilotes de los pescadores, encontramos, semihundido y desvencijado, un viejo bote abandonado. Pronto nos pusimos manos a la obra sacándolo del agua, limpiándolo de fango y algas, cambiándole la tablazón descompuesta, y calafateando las vías de agua. Una vez concluido el trabajo, por supuesto a escondidas de mi madre, procedimos a emprender nuestra primera gran aventura en la vida: cruzar la escasa milla que separa Valdelagrana del Puerto de Santa María. Al principio, y con un par de improvisados remos, tuvo su aliciente, pero pronto empezamos a necesitar más emoción, y decidimos montar un rudimentario timón en el espejo de popa, desde el que poder gobernar un aparejo de vela latina.

El día que terminamos de instalar la vela, llegamos tarde a casa, con la esperanza de encontrar un buen viento a la mañana siguiente con el que lanzarnos a la conquista de la bahía. Pero tan pronto como aparecimos por el comedor, mi madre nos echó por tierra todas nuestras ilusiones:

—Álvar, no sé qué diablos andáis trajinando todo el día de acá para allá, pero mañana es menester que os levantéis al alba y os arregléis de domingo, pues pasamos el día de visita en el Puerto, en el palacio del Duque. Ya sabes que don Juan era muy amigo de tu padre...

Efectivamente, en vida de mi padre, todos los veranos hacíamos una visita semanal al palacio que don Juan de la Cerda, Duque de Medinaceli, tenía en el Puerto de Santa María. Recuerdo que esas visitas, siempre los miércoles, eran un día odioso, temido por todos los hermanos. No podía haber nada más inútil y aburrido sobre la faz de la tierra. Primero los pegajosos besuqueos de la duquesa, con sus histéricos:

—¡Uy, qué monísimos que están los niños! ¡Es que hay que ver cómo crecen! ¡Ven para acá y dame un beso, ricura!

Y después, un día entero, sentados en un salón, sin poder tocar nada para no romperlo, emperifollados con gorgueras de encaje, sudando la gota gorda, y callados para no molestar, mientras los mayores no paraban de hablar de sus cosas.

Sin embargo, ese año también la hasta entonces tediosa visita nos deparaba sorpresas. Para empezar, nada más llegar, la duquesa se contentó con un simple:

—¡Pero, Dios mío, si estás ya hecho todo un hombre!

Y sin más, me dejó tranquilo, ignorándome por completo. Como si mi nueva cara delgada, salpicada de espinillas a punto de reventar, y sembrada con los pelillos de un incipiente proyecto de barba, no le hiciese tanta gracia como esas caritas rosadas y redondetas en las que tanto disfrutaba dejando la saliva de sus besuqueos. Está claro que, en esta vida, nunca hay mal que por bien no venga.

Una vez librados de la duquesa, pensé que nuestro próximo destino sería un rincón con unas sillas, donde no molestar en el resto del día, pero tampoco fue así. El duque, dirigiéndose a nosotros, de igual a igual, nos pidió cortésmente:

—Álvar, tráete a tu primo, y sentaos aquí con nosotros.

Todo era tan nuevo para mí, que tuve que esperar a una mirada de aprobación de mi madre para poder reaccionar.

Sentado junto al duque se encontraba don Alonso de Carvajal, marqués de Jódar y regidor de Baeza. Yo lo conocía de años atrás, pues junto con su mujer doña Ana y sus hijas acostumbraba a pasar los veranos con el duque, invitados en su palacio. Supongo que en esa amistad entre don Juan —el duque— y don Alonso algo o mucho tendría que haber tenido que ver el Almirante don Cristóbal Colón. No sabría ahora decir quién conoció primero a quién; el caso es que don Alonso, junto con muchos de sus hombres, acompañó a Colón en su segundo viaje, y que, a su vez, Colón vivía en Sevilla en el Palacio de don Juan. De hecho, apenas unos meses atrás, y poco después que mi padre, don Cristóbal Colón había muerto residiendo en Sevilla en casa de don Juan.

Tanto el duque como don Alonso, eran de ese tipo de hombres que a primera vista pueden parecer severos y reservados, distantes, y hasta como rodeados de un cierto halo misterioso. Quizás solo fuese esa especie de coraza que pretende tener la gente importante para ocultar su timidez; el caso es que con nosotros se desviaron. No podría decir que fuese una tertulia alegre, entre otras

cosas porque tanto el recuerdo de mi padre, como el de Colón, salía continuamente a colación, pero sí pasamos un rato tremendamente entrañable en el que dos hombres curtidos les cuentan a dos imberbes como nosotros lo que hay que saber de la vida.

Todavía me encontraba ensimismado, escuchando a don Alonso —que lo tenía sentado en frente de mí—, refiriendo detalles de su viaje con Colón, cuando de repente, en mitad de la conversación, se queda callado bruscamente, y levantando secamente la mirada, dice:

—¿Qué queréis?

Y fue entonces cuando escuché a mi espalda, por primera vez en mi vida, esa voz clara y femenina, casi angelical que respondía:

—Papá, que si nos podemos ir a dar un paseo por el pueblo.

Entonces don Alonso movió la cabeza dubitativo, hasta que se escuchó insistir de nuevo:

—Por favor, papááá...

Y entonces se rindió.

—Está bien, pero siempre y cuando estos dos caballeros tengan a bien acceder a acompañaros, y estéis de vuelta para la cena —dijo después de titubear un momento.

—Será un honor —respondí mientras mi primo me hacía un descarado gesto de asentimiento.

Lo que todavía no sabía exactamente era en qué consistía ese honor. Recordaba haber visto, y hasta jugado alguna vez, con las hijas de don Alonso. Por un instante, intenté hacer memoria, pero me era imposible recordar si eran feas o guapas, si simpáticas o inaguantables. Todavía estaba intentando salir de la duda, cuando me di media vuelta, y miré para atrás.

Allí había tres señoritas, más o menos de nuestra edad. Una alta y delgada, de tez morena y pelo lacio y negro como el azabache, otra más bien bajita y rellena —sin llegar a ser gorda—, castaña y con el pelo rizado. No eran ni feas ni guapas ninguna de las dos, pero sí tenían ese tipo de sonrisa simpática y agradable que invita a la amistad. Se llamaban Carmen e Inés. Y, por último, o mejor dicho delante de ellas, estaba Miriam, la hija de don Alonso. Tenía el pelo suave y dorado, a juego con unos preciosos ojos azules y

chispeantes, como una linterna mágica capaz de transformar el tedioso salón del palacio, en un lugar iluminado por el sol.

—Hola, tú eres Álvar, ¿verdad?

—Sí, y tú te llamas...

—Me llamo Miriam. Ya veo que te habías olvidado de mi nombre —me reprochó, mientras con sus delgados dedos se ceñía el cabello sobre la oreja derecha.

Hechas las presentaciones, salimos del palacio, sin rumbo fijo, perdiéndonos por entre las pocas calles y plazuelas del pueblo. Ese primer paseo consistió, básicamente, en que las chicas, en grupo, iban siempre delante de nosotros, repitiendo de forma monótona un mismo ritual: primero acercaban sus tres cabezas susurrando en voz baja, después alguna volvía descaradamente la vista hacia nosotros, tras lo cual empezaban a reírse con hipos hasta que se cansaban, entonces volvían a juntar las cabezas para susurrar de nuevo, y todo comenzaba otra vez. Y mientras nosotros, detrás. Callados, sin poder entrar en su conversación, ni en sus risas, pero contentos, como dos perrillos que siguen a sus amos meneando la cola, a la espera de una migaja. No sabíamos si eso era lo normal la primera vez que se salía con niñas, supongo que sí; el caso es que nosotros, fuera de molestarnos, estábamos encantados. Yo me había quedado prendado de Miriam, y mi primo de Carmen, y así se rieran de nosotros, o nos diesen con un canto en los dientes, lo importante era que nosotros ya teníamos tres mozas con las que salir.

Llegando de nuevo al palacio, y dando las chicas el paseo por concluido, Miriam se dignó —¡por fin!— a dirigirme la palabra:

—¿Volveréis por aquí a vernos? —preguntó con una mirada a medio camino entre pícara y de cordero degollado.

\* \* \*

Esa noche, ya después de volver a casa, y por primera vez en mi vida, me costó dormirme. Me encontraba como borracho, como aquella vez que mi primo y yo le sisamos vino a mi padre. Pero esta vez era diferente, porque en lugar de caerme al suelo casi sin conocimiento, resulta que parecía flotar por encima de la cama, con una especie de gusano bailándome en la tripa, y con la cabe-

za más despierta que nunca; imaginando cómo sería el próximo encuentro, qué le diría, intentando recordar su cara y sus gestos...

A partir de ese día, nuestro orden de prioridades en la vida había experimentado un cambio radical. Resulta que lo más importante del mundo ya no era probar la vela recién instalada en nuestro bote, sino las chicas. Y el bote pasó a ser simplemente un medio de transporte con el que cruzar a la otra orilla, y el testigo mudo de nuestras conversaciones, en el ir y venir de nuestras visitas: quién te gusta, por qué te gusta, cómo conquistarlas...

Al principio, nos costó coger confianza, siempre midiendo las palabras, e intentando causar buena impresión. A los pocos días habíamos ya perdido la vergüenza a mostrarnos con total naturalidad, y a la semana parecíamos cómicos de feria, haciendo tonterías para que se riesen. Después, la armonía de la convivencia en grupo dio paso al sutil juego de las miradas, y más tarde al de las confidencias, cada vez más íntimas entre Miriam y yo.

Los días fueron pasando, y con ellos agosto, hasta que llegó el momento de la despedida hasta el año siguiente. Ese último día de visita, cenamos invitados en el palacio. Concluido el convite, nos despedimos de los duques y de don Alonso, y salimos a pasear con las chicas. Atravesamos la plaza, en dirección a la playa, por una de esas pocas calles que había empedradas, y, de pronto, la pequeña alquería del Puerto, ya no quedaban más que unas siluetas de casas que se dibujaban en el oscuro horizonte. En los ajetreos últimos días, no habíamos parado un solo momento de hablar y reír con frenesí, y, sin embargo, en ese último paseo de despedida, solo el aullido lejano de un perro vagabundo rompía el silencio de la noche.

Mientras andábamos en dirección a la bahía, Carmen e Inés se las ingeniaban, como sólo las mujeres saben hacerlo, para que Miriam y yo nos quedásemos continuamente rezagados. Cosa que en parte agradecía como la merced más grande que jamás me hubiese hecho nadie, pero esa noche no sabía qué decirle. El corazón me latía con tal fuerza que hasta tenía miedo de que llegase a oírlo, y al mismo tiempo no era capaz de articular palabra. De repente

Miriam, llegando ya a la playa, suspiró con placer, y un instante después musitó:

—Álvar, esto es maravilloso: estar aquí los dos juntos, paseando bajo esta bóveda tan maravillosa de estrellas...

Me encantó que me dijese eso, pero también pensé que cualquier respuesta mía, fuera de estar a su altura, no sería más que una cursilería, impropia de un hombre como yo, así que, sin que nadie nos viese, me atreví a tomarle la mano, y se la estreché.

Cuando llegamos a la playa, nuestros amigos ya nos estaban esperando junto al bote, mientras Pedro se enfrascaba en explicar lo “marinero” que era.

—¿A este bodrio lo llamáis barco? ¡Qué valor, estáis locos! —dijo Miriam sin quitarme la mirada, y al tiempo que se sentaba en la arena apoyando su espalda sobre el casco de nuestro “barco”.

Todos los demás hicimos lo mismo, ocupando nuestras cinco espaldas toda la eslora de la chalupa, de proa a popa, por lo que, de haber estado más gente, no hubiese habido casco sobre el que apoyarse. Entonces un ominoso silencio, solo roto por el batir de las olas, se apoderó del ambiente. Era como si todos a la vez quisiéramos saborear esa pletórica sensación de libertad a la que nos invitaba esa noche mágica, y en la que hasta la misma bahía parecía que hubiese sido hecha para nosotros.

De repente Inés rompió el silencio:

—Pedro, acompáñanos, te queremos enseñar una cosa, venga. ¡Vamos! —dijo, a la vez que se levantaba y cruzaba una sonrisa de complicidad con Carmen.

Yo hice ademán de levantarme, pero una mirada inquisitiva de Inés me hizo entender que me quedase sentado.

Por un momento Miriam se quedó mirando cómo se alejaban sobre la arena de la playa las figuras de nuestros amigos, al tiempo que se acercaba a mí y entrelazaba sus dedos con los míos.

Y entendí que nos habían dejado solos. Era el momento de dar la talla como un hombre. Ahora o nunca, pensé.

—Te quiero, Miriam, y te pido que seas mi novia —le dije en un arrebató de valor.

Miriam me miró con ternura, acercó su cara a la mía, me besó suavemente en la mejilla, y plantando su cara frente a la mía, a menos de medio palmo, me contestó:

—Yo también te quiero, y me casaré contigo, o no lo haré con ningún otro hombre.

Ante nosotros se extendía el mar inmenso, mientras la noche desparramaba —ciega y fría— sus sombras sobre la dilatada extensión de sus aguas, y durante un momento, nuestro espíritu quedó abstraído de cualquier otra cosa que no fuera disfrutar ese instante único. La realidad circundante dejó por un momento de existir para nosotros, y hasta las estrellas parecían brillar con más luz que nunca sobre la bóveda negra del cielo.